

Pascal dice que el hombre tiene «una gran ventaja sobre el resto del universo: sabe que muere, mientras que el universo lo ignora absolutamente» (...) «Sabe que muere» es una expresión profunda; creo todavía que es más profunda, creo que es aún más profunda que mi expresión: sabe que tiene hambre... Me parece (si no supone esto alguna inmodestia) que la fórmula de Pascal es inferior a la mía, sin dejar por eso de ser un gran pensamiento y Pascal, un gran hombre (*Memorias póstumas*, CXLII).

El canibalismo está, por tanto, en la raíz de la filosofía existencial.

### La fórmula es la alegría

Al componer una sátira antropófaga, es probable que Machado, como Oswald, se haya deleitado con la fuerza del humor y del intelecto, en la persistencia de los dichos contundentes y en el poder de las expresiones fuera de lugar. La teoría tiene la misma «gracia indolente» de su narrador-autor, Quincas Borba, caracterizado por Brás Cubas por la impertinencia. Brás Cubas conoce tanto la «casa fresca, extremadamente fresca» donde Quincas dormía al aire libre, como atiende a su seriedad filosófica: «¡Ahora, adiós!; ningún problema vale cinco minutos de atención» (*Memorias póstumas*, CXLIX). Rubião, sin querer, menosprecia la gran obra del filósofo:

—Sé, sé que tú tienes unas filosofías...

—¡Unas filosofías! ¡Con qué desdén me dice eso! Repite, anda, que lo quiero oír de nuevo. ¡Unas filosofías! (*Quincas Borba*, IV).

A la luz del *Humanitas*, se puede valorar más el humor lúdico, farsante e incongruente del manifiesto, no como teoría y mucho menos como receta sociocultural. Machado ya comentó que el estilo desasosegante de ese tipo de humor en la observación de Blas Cubas acerca de la carta que recibiera de Quincas Borba: «Aquel modo de descomponer enfadado era conocido». La ironía machadiana va más lejos. Rubião, cuando, ya muerto Quincas Borba, se acuerda sin motivo de la frase más famosa de su filósofo fallecido:

¡Al vencedor las patatas! La tenía olvidada del todo, la fórmula es la alegría. De repente, como si las sílabas hubiesen quedado en el aire, intactas, esperando a alguien que las pudiese entender, las unió, recomponiendo la fórmula, y la profirió con el mismo énfasis de aquellos días en que la tomó por ley de la vida y de la verdad. No recordaba totalmente la alegoría, pero la palabra le dio el sentido vago de la lucha y de la victoria. (*Quincas Borba*, CXCV).

La concisión de la vieja frase altisonante, ya sin sentido, es más perdurable que la filosofía misma. Todo nos lleva a suponer que Machado habría reconocido un homenaje a sus patatas en la fórmula indigenista del manifiesto oswaldiano, la conocida relectura antropófaga de Shakespeare, tan citado por el maestro: «Tupy or not tupy, that is the question» (*Manifiesto antropófago*).

## Consumación de las cosas

La teoría y el manifiesto se aprovechan de la aplicación de la metáfora antropófaga a la psicología y a la filosofía social, al servicio de imaginados fines utópicos para rejuvenecer, preservar o diversificar la civilización. Además de reaccionar contra el cientificismo postdarwiniano, ambos formulan el nuevo escenario de un dios devorador, con escasas referencias al dios primitivo indígena, sino a aquéllos de la tradición orientalista bíblica. En el contexto mítico, hay ecos de Cronos, devorador de sus propios hijos, cuya imagen es registrada en las vanguardias en el cuadro grotesco e intimidador de Siqueiros. El hambre antropófaga, como enseña Kilgour, es la metáfora invertida de la comunión, siendo una referencia subconsciente y transformada a la doctrina de la transubstanciación católica.

A pesar de los puntos de comparación en relación a los cometidos y a la expresión entre el humanismo y el manifiesto de vanguardia, la antropofagia en Machado evidentemente tiene un sentido muy diferente, llegando a conclusiones distintas sobre el nacionalismo y la literatura. Machado se aprovecha del discurso antropófago para satirizarlo a favor de la melancolía y del pesimismo de los interlocutores, Brás Cubas y Rubião. Difiere del manifiesto en numerosos puntos cruciales.

Primero, con *Humanitas* no hay fronteras, ni exterior: sólo hay dentro. Se evita el problema del Otro que complica la antropofagia, estudiado recientemente por Luciana Stegagno Picchio («The portuguese, Montaigne and the cannibals of Brazil: The problem of the Other», *Portuguese Studies*, Londres). Segundo, no hay ninguna posibilidad en el humanismo de una revolución política; la diferencia es limitada a una corrección en la evolución natural y lenta de las cosas. Tercero, el intelectual-escritor del fin de siglo se fascina con lo salvaje, pero no idealiza la incorporación de los valores de la tribu antropófaga a la civilización, donde el consumo de lo otro permanece oculto. El héroe-salvaje aún no se convirtió en el salvaje-héroe del modernismo. En ambos casos, teoría y manifiesto, la metáfora antropófaga sirve como pretexto para otra finalidad mayor: en el caso

machadiano, la sátira de las filosofías sistemáticas; en el manifiesto, el conjunto de valores utópicos de la vida indígena, que indica el camino para el nacionalismo telúrico: la adivinación, la magia, el instinto, el ritmo, la alegría.

¿A dónde llega, entonces, la antropofagia machadiana? La alta comicidad machadiana combina la búsqueda humana de la sabiduría con una sátira de las aberraciones del autoritarismo y el egoísmo, produciendo un estado de locura trascendente comparable al verdadero humanismo del héroe cervantino, el sabio-loco Don Quijote, libro citado por Quincas Borba. El humanismo, a modo de un libreto de ópera bufa, dignifica a través de la comedia. Incluso Quincas acaba creyendo en la nobleza humana: «muchas veces el hombre, incluso engrasando las botas, es sublime. La sublimidad, igualmente en el manifiesto, es la prueba del nueve del humanismo. ¿Quién fue, finalmente, devorado en el banquete machadiano para dar «cierto sabor a vida»? Parece que fuiste tú, lector.

Traducción: *J. M.*



Antoni Guiral y Adolfo Usero: *La yegua baguala* (1990)